

DE TATOS Y TETES

El tatuaje es tan viejo como el bigote de los gatos y las pulgas en los perros. Allá por los tiempos de doña María Castaña, faltos de lienzo y pergaminos, algún pintor vanguardista pensó que la piel humana era también un material idóneo para comenzar haciendo sus pinitos en el arte. ¿Y a qué se debe este afán del pintamonas por emborronar todo aquello que se ponga por delante? Hagamos acto de contrición. ¿No recordamos acaso el temblor de piernas de nuestros padres cuando nos veían con una pintura en la mano y sin ningún papel en la mesa? Pero este vicio de manchar lo que está limpio es ya un pecado antiguo. Los alumnos cavernícolas más aventajados en el dibujo pintaban cosas como ciervos, osos y elefantes mientras que los más torpes se limitaban a poner sus manos embadurnadas en las paredes de las grutas.

Ahora bien, los tatuajes se distinguen de todas esas formas artísticas en que no podemos desprendernos de ellos como podría hacer con sus bienes una malcasada devolviendo la dote, el anillo y los discos de vinilo. Hay que fastidiarse. No hay divorcio posible. Lo que el tatuaje pega, nadie lo despega. Y esta condición perenne es una de las tristes flaquezas de este arte empellejado. Unos jóvenes adolescentes pueden grabar en la corteza de un árbol un tierno corazoncito con sus iniciales. Poco importa si el hacha del leñador tumba esa romántica manifestación de un amor primerizo. Ahora bien, quienes se graban el nombre del amado en un brazo ¿pueden amputarlo tras la ruptura? La mujer que haya escrito en su pecho, o en otras partes, "*A mi Antonio*", se ve condenada a no tener otras relaciones que aquellas en las cuales el varón de hogaño tenga el mismo nombre que el sinvergüenza, puto y desgraciado amor de antaño.

Los antropólogos, para darse fuste, afirman que el tatuaje es un retorno al primitivismo. O dicho de otro modo: hacer de cafres más antiguos que los mismísimos cafres. El hombre civilizado necesitaría volver a esa era infantil en la que vivir era soñar y pensar que las nubes preñadas de agua nos mojan porque un dios

nos castiga cuando no queremos bañarnos. Tal vez ese animismo pueril esté vinculado a la reminiscencia de viejos ritos ancestrales y oscuras ceremonias de iniciación tribal. Los jóvenes, y quienes se resisten a dejar de serlo, necesitan reconocerse como hacen los miembros de una banda criminal, los ganaderos con sus reses marcadas y los sedicentes cristianos, casi veinte siglos más tarde de la crucifixión, con sus esclavos. Pero en todos estos casos las marcas son un mismo sello que señala la pertenencia. El tatuaje se distingue en su intención de ser distinto. Y, añadido, más exclusivo que las mismas *marcas* comerciales. Quien llevase un tatuaje copiado se sentiría tan molesto y avergonzado como las mujeres en una gala cuando se encuentran que otra mujer lleva su mismo vestido. El tatuaje, como otras armas de seducción masiva (incluyo aquí toda clase de amaneramientos sin discriminación de sexo), sirve como reclamo a las hormonas igual que la cola de los pavos reales. ¿De qué sirve un tatuaje que no sea vistoso y permita pavonearse entre las vulgares gallinas de corral? Tal vez algunos no aspiran a ser mostrados con aire petulante en una exhibición pública. Estos tatuajes íntimos, privados, están grabados “*sólo para tus ojos, vida mía*”. Ya hemos advertido los peligros de la disolubilidad erótica. Una manera astuta de sortear estos embarazosos problemas es acudir a voces neutras como “*amorcito*”, “*pichurrín*”, “*cariñito*” y otras semejantes, válidas para beduinos, esquimales y aborígenes de Australia.

Sin embargo, debemos confesar y lo confesamos, que estos tatuajes clandestinos y vergonzantes merecen nuestra simpatía. Tal vez sean horrendos, abominables, mal hechos. ¡Qué más da! Allá cada cual con su propio pellejo mientras no me lo enseñe sin ningún pudor. Y he aquí la madre del cordero (con perdón de las madres y de los corderos). Los tatuajes públicos pueden ser bellísimos, artísticos. Si los viésemos dibujados en una lamina merecerían quizás nuestra aprobación estética. ¿Y por qué no sucede entonces lo mismo incisos en la piel? ¿Es acaso el rechazo a un sacrilegio corporal? ¿O bien la negativa a llevar de nuevo taparrabos? No nos pongamos tan serios y tan trascendentes. Pensemos en una muchedumbre de poetas sacando de sus bolsillos unos poemas novísimos que regalan a los oídos de quienes no quieren escucharlos. Yo vaticino que esos vates serán vapuleados por unos bípedos molinos de batán. Y bien: ¿debemos presenciar

sin nuestra aquiescencia esas serpientes enroscadas, esos monstruos marinos, esas sirenas de pechos turgentes, toda esa iconografía que llena los hombros, brazos, muslos, espaldas y demás anatomía?.;Cúbranse, por favor! Y es entonces cuando esperamos como agua de mayo que lleguen las lluvias, el frío, las heladas, el abrigo...

Pablo Galindo Arlés

2 de marzo de 2017